

**LA TOMA DE CONCIENCIA DE FORTUNATA.
UNA OBSERVACIÓN DE LA CONDICIÓN FEMENINA EN
*FORTUNATA Y JACINTA***

**FORTUNATA'S SELF-AWARENESS.
AN OBSERVATION ABOUT THE FEMININE CONDITION IN
*FORTUNATA Y JACINTA***

Beatriz Cobeta
Simmons University

RESUMEN

En *Fortunata y Jacinta*, Galdós presenta dos personajes antitéticos y aparentemente rivales, pero hermanados por un destino dependiente, que coarta su capacidad intelectual y su libertad. Siguiendo el modelo dual finisecular, Jacinta, perteneciente a la burguesía, ha de ser el perfecto ángel del hogar, mientras Fortunata, representante del pueblo, es tipificada como objeto de placer. Ambas viven sojuzgadas por una sociedad que les niega un espacio vital donde desarrollar su individualidad, debido a su género. En este contexto, Fortunata se eleva moralmente gracias a la toma de conciencia de su propia valía. Su actitud desafiante, incapaz de adaptarse a un sistema injusto, le confiere una enorme dignidad, además de poner de relieve los abusos a los que estaban sometidas las mujeres de la época, especialmente si eran pobres. Su conducta tiene una repercusión en Jacinta, como demuestra la solidaridad entre ambas al final de la novela.

PALABRAS CLAVE: Galdós, *Fortunata y Jacinta*, figuras femeninas finiseculares, sororidad, identidad, autoconciencia.

ABSTRACT

In *Fortunata and Jacinta*, Galdós presents two characters who are antithetical and apparently rival, but connected through the shared limits placed on their intellectual capacity and freedom. Following a common fin-de-siècle trope, Jacinta, belonging to the bourgeoisie, must be the angel of the home. At the other extreme, Fortunata, representative of the common people, is cast as an archetypal object of pleasure. Subjugated by society on account of their gender, both lack space in which to develop their individuality. In this case, Fortunata rises morally thanks to an awareness of her own worth. Her defiant attitude, unable to adapt to an unjust system, gives her enormous dignity. It also highlights the abuses to which women were subjected at the time, especially if poor. Her behavior has an impact on Jacinta, as shown by the solidarity between the two at the end of the novel.

KEYWORDS: Galdós, *Fortunata y Jacinta*, fin de siècle feminine figures, sorority, identity, self-awareness.

«¡Pobres mujeres! (...) Siempre la peor parte para ellas» (Tomo I, 236) dice Jacinta durante su viaje de novios, cuando Juanito le cuenta su relación con Fortunata. Efectivamente, en su magistral retrato de la sociedad española de finales del XIX, Galdós muestra las limitaciones y dificultades a las que se enfrentan, marcadas por su destino dependiente.

Fortunata y Jacinta, dos figuras antitéticas y aparentemente rivales, viven fuertemente marcadas por la clase social a la que pertenecen, pero también están hermanadas por un sino delimitado por su género, que ignora su libertad. La primera emerge con enorme fuerza, siendo consciente de su situación y rebelándose contra las normas establecidas. Su transición

evidencia las ataduras e injusticias a las que estaban sometidas las mujeres de su época, especialmente si eran pobres.

MODELOS FINISECULARES ANTAGÓNICOS

Como ha señalado Estébanez Calderón estos personajes simbolizan paralelismos opuestos, que aparecen en varios niveles. El primero, explica, es la oposición entre naturaleza y sociedad, el segundo —socioeconómico— lo forman el pueblo y la burguesía, el tercero —político— atiende al orden y al desorden, la revolución y la restauración, la república y la monarquía... y, por último, encontramos el nivel ético religioso, que consta de los conceptos de salvación y perdición (Estébanez Calderón: 1994, 83).

Estos paradigmas pueden enmarcarse asimismo dentro del modelo dual finisecular rigurosamente descrito por Erika Bornay (Bornay: 2001), que clasifica a las figuras femeninas en devotas casadas o amantes fuertemente sexualizadas. Jacinta pertenece al grupo inicial, cuyo ejemplo es la Virgen María, y posee las virtudes del ángel del hogar ideal burgués. Fortunata, hija del pueblo, personifica el segundo, que agrupa a las hijas de Lilith, y, perdida por Juanito, encarna a la pecadora. En ambos casos su papel vital está definido por su relación con el mismo hombre. La mujer decimonónica se encuentra dentro de un engranaje que la limita a ser máquina de procreación o de placer. Santa Cruz ve en su mujer a la portadora de sus hijos y a su amante como objeto erótico, sin embargo, este equilibrio se rompe con la incapacidad de Jacinta para procrear.

Sobejano ha señalado como la primera parte está dedicada a Jacinta, la segunda a Fortunata, la tercera al enfrentamiento entre ellas y la última a la identificación de los dos personajes (Sobejano: 1986). Podemos agregar que la narración de desarrolla como una correspondencia de opuestos que finalmente se acercan hasta fundirse y entablar un nexo común. Estas contraposiciones se manifiestan en aspectos como el origen, la apariencia física, las expectativas vitales, la relación con su sexualidad y el sentido moral y religioso de los dos personajes.

Si bien Jacinta responde al modelo de virtud burgués, el caso de Fortunata es notable ya que, privada de preceptos en la infancia, su proceso de madurez está muy ligado a la búsqueda de integridad. Es llamativo el debate interior entre el significado de la maldad y la bondad que el personaje adolece, puesto que vive en un medio que constantemente le recuerda su bajeza, pero en su fuero interior siente que esto no es cierto. Ella se identifica completamente con el pueblo y rechaza los principios burgueses que en múltiples ocasiones le intentan imponer. Se niega a

cambiar y permanece siempre fiel a sí misma: «yo no me civilizo, ni quiero; soy siempre pueblo» (Tomo I, 690). Su fortaleza hace que no se vuelva cínica o cruel ante los abusos que sufre, siendo capaz de conservar su autenticidad. Además de asociar esa entereza con el pueblo, igualmente cabe señalar que representa la resiliencia femenina a lo largo de la historia pues, si bien las expectativas para la burguesía y el pueblo eran muy distintas, el código moral era especialmente implacable con las mujeres, independientemente de su clase social.

De Jacinta el narrador destaca que es modesta y delicada. Ha sido educada para cumplir con el papel que la comunidad espera de ella: casarse y tener hijos. En su caso esto es una necesidad, pues su padre no tiene mucho dinero y es una de nueve hermanos, de los cuales siete son chicas. Su madre, Isabel Cordero, «sentía como remordimientos de haber dado a su esposo una familia que era un problema económico» (Tomo I, 157), se explica. Tan solo dos hijos pueden trabajar y las demás tienen que casarse, sin dote, para poder sobrevivir. Ella no sólo cumple, sino que supera las expectativas, al emparentar con su primo, quien es rico. Tiene una visión muy clara de su futuro, que su madre le ha inculcado desde niña. La educación moral y religiosa de los hijos ha de ser su ocupación vital, envuelta en un aura de misión sagrada. Los valores que ha de transmitir son los de su clase social, garantizando la perpetuación del sistema. Su rol está definido en función de sus relaciones familiares: para empezar hija, después esposa y eventualmente madre. En este contexto la llegada de los hijos supone la culminación del propósito vital. Acepta gozosa un matrimonio de conveniencia y, durante la luna de miel, vemos a una esposa enamorada e ilusionada ante el futuro.

Sobre Fortunata, por el contrario, apenas se ofrecen pormenores de sus antecedentes. En una obra tan extensa, en la que el autor detalla cuidadosamente el origen de cada uno de los personajes, elige no darle a su protagonista ataduras con el pasado, lo cual le otorga mayor independencia que al resto. Respecto a su apariencia física, se nos dan pinceladas y no un cuadro completo, destacando sus ojos y su pelo negro. Sabemos que es joven, alta y poseedora de una gran belleza, pero posiblemente lo que la hace enormemente atrayente es que es una criatura natural y sobrenatural a la vez. Es franca y sencilla pero misteriosa, debido a su individualidad. Esta actitud ejerce una fascinación irresistible sobre el resto de los personajes. Este atractivo, que en un ambiente que cosifica a la mujer puede ser una baza a su favor, será a la vez su perdición.

Su nombre alude a la suerte, a los sucesos de su vida que tienen lugar de forma accidentada. Varias veces se menciona que debería haber sido la esposa de un obrero, pero esta trayectoria se ve alterada al prendarse Juanito de su hermosura. Ella da crédito a sus promesas de matrimonio porque cree en el amor por encima de las convenciones sociales. Se guía por su

instinto, mientras que Santa Cruz opina que es una ingenua de la que él se ha aprovechado: «Yo la perdí... sí... que conste también; es preciso que cada cual cargue con su responsabilidad... Yo la perdí, la engañé, le dije mil mentiras, le hice creer que me iba a casar con ella. ¿Has visto?... ¡Si seré pillín!» (Tomo I, 228), confiesa. La actitud de Juanito pone de relieve los abusos de la burguesía y la convierten en una desclasada y marginada social.

Fortunata y Jacinta tienen una relación muy diferente con su sexualidad. La primera la vive sin reservas, como una manifestación del amor. Debido a que ha crecido libre, su actitud es abierta y vive el placer de una manera natural. La segunda, en cambio, encarna las virtudes femeninas burguesas del momento y reprime sus apetitos carnales. Este contraste está muy relacionado con el medio al que pertenecen y a su formación. El escritor pone notablemente de relieve esta oposición con una metáfora. Cuando Juan conoce a Fortunata, ésta se está comiendo un huevo crudo, símbolo del erotismo y la fertilidad, lo que causa la fascinación del joven. Más tarde le relata la escena a su esposa, quien exclama: «Un huevo... qué asco» (Tomo I, 204).

El nombre de Jacinta evoca a esta flor asociada con la pureza y, en múltiples ocasiones a lo largo del relato, se repite que es un ángel. Su apariencia es la de un ser asexual, ajeno al placer, recalcando una de las contradicciones del modelo decimonónico, que negaba a la mujer esta faceta, mas imponía la procreación como única misión. A pesar de todas sus virtudes, fracasa en su tarea más importante. Doña Barbarita expresa el sentir de la familia al hacerle el siguiente reproche: «No puede una vivir sin tener algún ser pequeñito a quien adorar. ¡Hija de mi alma!, es una gran desgracia para todos que tú no nos *des* algo» (Tomo I, 424). Al sinsabor de no ser madre, se suma al mismo tiempo una profunda insatisfacción en el terreno sexual, que se evidencia con sutileza. Cuando se queda dormida en el teatro, tiene una ensoñación en la que se va desabrochando el vestido para satisfacer a un niño que desea ser amamantado. En última instancia siente estupefacción al notar sobre su piel la frialdad de esta criatura de yeso. Se puede decir que aquí se confunde el anhelo de tener un hijo con el deseo sexual y el pequeño podría ser además su propio marido¹.

El candor de Fortunata hace que sitúe el amor por encima de todo en su escala moral, refutando así todas las nociones relativas al matrimonio, la sexualidad o la infidelidad que el grupo le pretende infligir. El amor, que es natural, es una energía por encima de las

¹ Mercedes López-Baralt ha estudiado en su artículo “Sueños de mujeres: La voz del ánimo en *Fortunata y Jacinta* de Galdós” la importancia de los sueños y símbolos en la novela, analizando las visiones eróticas de los dos personajes que dan título a la obra.

convenciones, e incluso la disposición humana. «Querer a quien se quiere no puede ser cosa mala» (Tomo I, 693) afirma, recalcando: «Yo, cuando no se trata de querer, no tengo voluntad» (Tomo I, 693).

En consecuencia, desestima asimismo la religión, a través de la cual se le intentan inculcar estos valores patriarcales: «por más que dijeran, nada que se relacionase con el amor era pecado» (Tomo I, 482), piensa. No entiende las nociones religiosas que le intentan imponer, puesto que no encajan con la ley natural. De hecho, durante su estancia en las Micaelas desarrolla una voz interior que debate estas cuestiones. Al final de su vida aspira a llegar al cielo, pero cree que será por su generosidad hacia Jacinta, no por acatar las normas de la Iglesia. No se trata de un rechazo de plano de la religión, sino una oposición a la moralidad del periodo.

Su actitud contrasta notablemente con la hipocresía de otros personajes, especialmente la de Juanito, representante de la burguesía capitalista. Éste insiste en que, tras su matrimonio con Maxi, puede hacer lo que quiera mientras sea discreta, como hace él. Pero ella no acepta esta farsa, que supone renunciar a su genuinidad: «se dio en pensar en lo molesto y difícil que era para ella tener que vivir dos vidas diferentes, una verdadera y otra falsa» (Tomo I, 691) reflexiona. Ella, quien destaca por su belleza, podría tener una actitud diferente, explotando su atractivo físico, pero, como explica Juan, «es sosa, vulgar, no se le ocurre ninguna picardía de las que trastornan a los hombres (...) no hay en ella complexión viciosa tiene todo el corte de mujer honrada» (Tomo II, 62). Ha sido encasillada como objeto erótico, un rol al que ella no se adapta, dado que se guía por el amor. Feijoo, a la luz de sus circunstancias, intenta inculcar en ella un espíritu práctico, que del mismo modo rechaza.

Su paradigma de honradez está representado por Jacinta quien, como señala Gilman, es el Amadís de Fortunata (Gilman: 1981, 337). A pesar de ser su adversaria, la profunda admiración que siente por ella se manifiesta en su interés por emular su apariencia exterior y, sobre todo, su actitud angelical. «La aborrezco y me agrada mirarla, quiere decirse, que me gustaría parecerme a ella, ser como ella, y que se me cambiara todo mi ser natural hasta volverme tal y como ella es» (Tomo II, 109), expresa. Cuando Aurora pone en entredicho la honarabilidad de la esposa, ella reacciona violentamente, ya que necesita aferrarse a ese modelo, que le sirve de guía.

Observamos que estas dos figuras viven bajo la vigilancia de la generación anterior. El rumbo de Jacinta es claro y está marcado por su madre y especialmente por su tía y suegra, doña Bárbara, quien la elige como su nuera. Como ha indicado Jiménez Gómez, estas mujeres mayores se encargan de transmitir los preceptos patriarcales burgueses y asegurarse de que las jóvenes los asimilen y sigan (Jiménez Gómez: 2015). La orfandad de Fortunata hace que esté

menos protegida y viva carente de un referente, pero a la vez le da más independencia. A lo largo del camino, serán muchos los que intenten reformarla, sin conseguirlo. De las figuras maternas que encuentra destacan doña Lupe y doña Guillermina. Aunque la tía de Maxi tenga un estilo déspota y la santa uno más suave, ambas intentarán imponer sus puntos de vista. Como bien ha señalado Rodríguez Puértolas, son las representantes del orden y de la autoridad (Rodríguez Puértolas: 1989). Ella repudia a doña Lupe, pues «A Fortunata le repugnaba la moral despótica de doña Lupe, en la cual entreveía más soberbia que rectitud» (Tomo II, 299). Por doña Guillermina siente gran cariño, pero esta santa, aunque de ademanes dulces, intenta continuamente reducir a la protagonista e imponer la moral patriarcal, con ánimo de sojuzgarla. Le dice: «¿cuál es la mayor de las virtudes? La abnegación, la renuncia de la felicidad. ¿Qué es lo que más purifica a la criatura? El sacrificio» (Tomo I, 232). La mujer ha de renunciar a su autonomía y a su felicidad para satisfacer la moralidad imperante. Con quien más coincide la protagonista en su forma de entender la moral es con Mauricia la dura, también representante del pueblo, quien, antes de morir, le dice: «Vete arrepintiéndote de todo, menos de querer a quien te sale de entre ti, que esto no es, como quien dice, pecado» (Tomo II, 180).

Los hombres piensan que Fortunata es un ser inferior que ha de ser domesticado. Es notable que Juanito hable de ella como una presa a la que hay que dar caza. Pretende que sea más sofisticada y acepte plenamente su rol como amante, es decir, como objeto erótico, pero ella se resiste. Maxi le ofrece casarse, redimirse socialmente, pero a condición de que cambie. Incluso Feijoo, que siente un paternal afecto por ella, insiste en que sea más práctica. Le dice: «La vida regular y transigir con las leyes sociales tienen tal importancia, que hay que sacrificar el gusto, hija mía, y la ilusión» (Tomo II, 141). Igualmente él pretende que simule para amoldarse al grupo. Intenta hacerle ver que ante la imposibilidad de cambiar la realidad, la única manera posible de vivir en ella es aparentando, pero sin renunciar a uno mismo. «Razón tenía D. Evaristo. Hay dos sociedades, la que se ve y la que está escondida» (Tomo II, 215), reflexiona ella.

En esta actitud por parte de quienes la rodean de intentar transformarla, vemos una cosificación de Fortunata, que es descrita como materia prima que ha de ser tratada: es cera que puede ser moldeada o un diamante en bruto que ha de pulirse. Maxi sufre porque ella no le mira, dado que cree que se lo debe «¡Haber comprado aquellos ojos con su mano, su honra y su nombre (...)!» (Tomo I: 697). Cuando más tarde intercambia unas palabras con Feijoo, éste último asegura: «Será siempre lo que quieran hacer de ella los que la traten. Maxi lo miraba con ojos atónitos, lo mismo pensaba él» (Tomo II, 139). En esto ambos se equivocan, debido a que precisamente la toma de conciencia de la protagonista consiste en vivir según le dicta su

juicio interior, sin atender a las reglas externas. Mejor la comprende doña Guillermina, quien concluye «a esta no la sujeta nadie» (Tomo II, 482). Es conmovedor que, en el desenlace, tras estos sucesivos inútiles intentos por cambiarla, sea Jacinta, su supuesta enemiga, pero a la vez su referencia, quien hable de ella con admiración.

UN DESTINO DEPENDIENTE

A pesar de encarnar valores opuestos, estas figuras están unidas por el destino dependiente femenino decimonónico. Las dos viven atrapadas en los roles sociales que se les han asignado por su género, aunque ninguna de las dos es capaz de satisfacer este papel. Fortunata ha de amoldarse a su condición doblemente inferior, tanto por ser mujer como por ser pobre, y es vista solo cómo cuerpo objeto de deseo. En cuanto a Jacinta, debido a la imagen que los demás tienen de ella, vive muy identificada con el espíritu. Es el arquetipo angelical, etéreo y delicado, alejado de la carne y el erotismo. A una no se le permite vivir más allá de lo carnal, mientras que a la otra se le niega su sexualidad.

Como se mencionó más arriba, Fortunata quiere seguir la estela de Jacinta, dado que desea ser un ángel también. Se resiste a vivir una existencia falsa, a desoír su instinto, y se niega a aceptar el lugar que la colectividad le dicta. Por su parte, Jacinta tiene la misión primordial de reproducir, al igual que su fecunda madre, sin embargo ella es incapaz de tener un hijo. A lo largo de la narración se da una clara influencia de la una en la otra, apostando por la realización individual, que las llevará más allá de los papeles iniciales en los que se ven encasilladas.

De igual modo comparten la falta de preparación intelectual, propia del periodo. En el caso de Fortunata es obvia, debido a que pertenece a la clase trabajadora. En la descripción que hace de ella, Juanito recalca que es analfabeta: «Un animalito muy mono, una salvaje que no sabía leer ni escribir. Figúrate, ¡qué educación! ¡Pobre pueblo!» (Tomo I, 205), dice. Además, tiene dificultades para expresarse y una de sus características es precisamente la forma de hablar atropellada². Pero Jacinta tampoco ha recibido instrucción alguna. Se explica que ella y sus hermanas pasaban mucho tiempo dedicadas a las labores domésticas y apenas ha leído libros.

Asimismo, tienen en común la falta de libertad. Ambas son víctimas del medio que las oprime, a cada una a su manera. Jacinta, por su falta de independencia económica, tiene que

² Gilman explora este tema en “La palabra hablada y *Fortunata y Jacinta*”: Ella vive la pasión, la razón, la conciencia de sí misma, no con mayor violencia que los otros, pero sí de manera más completa, con toda la integridad del ser humano. Es la única ventaja que tiene sobre los demás personajes y, de acuerdo con el carácter de la novela, se manifiesta en sus palabras.

aceptar las infidelidades de su marido. Además, por la posición social que les debe, ha de tragarse su amargura para no darles un disgusto a sus suegros. Lo que más le importa es que no haya un escándalo, que el *status quo* no se rompa, para que el nombre de la familia no quede en entredicho. La joven enamorada que conocemos al principio se convierte en una esposa sufridora, cuyo único consuelo es su altura moral, el saber que está representando su papel de perfecta compañera. Empero, las constantes humillaciones tienen un efecto inmenso en ella. En el piso acomodado de los Santa Cruz sentimos la opresión impuesta a la mujer engañada:

Llegó a tal grado su irritación por causa de los celos, de la curiosidad no satisfecha y de la forzada reserva, que a punto estuvo de estallar y descubrirse, haciendo pedazos la máscara de tranquilidad que ante sus suegros se ponía. Porque la peor de sus mortificaciones era tener que desempeñar el papel de mujer venturosa, y verse obligada a contribuir con sus risitas a la felicidad de D. Baldomero y doña Bárbara, tragándose en silencio su amargura. (Tomo II, 49)

Juanito le habla a su esposa usando un estilo añinado, muchas veces ridículo. Se presenta como un ser inmaduro, pero al mismo tiempo hay en esta actitud una tendencia a infantilizarla y a minimizar sus sentimientos. En el instante en el que Jacinta le increpa por sus infidelidades, él adopta un tono pueril, que pretende restar importancia al asunto. Su nombre alude a don Juan, pero el diminutivo le añade un carácter irrisorio. Tan solo se vislumbra cierta honestidad al confesar, bajo el afecto del alcohol, haber perdido a Fortunata. El estado de embriaguez le impide modular sus palabras y dice: «su destino es el destino de las perras» (Tomo I, 229), «el rico hace lo que le da la gana» (Tomo I, 230). Salvo en esta rara ocasión de sinceridad, se afana por engatusar y manipular, deseando que le dé la razón, pues le irrita verse moralmente inferior a su esposa. En una ocasión se refiere a ella como «ángel de mi salvación... Mesías mío» (Tomo I, 231), mostrando la fuerte idealización a la que la somete, que es una manera de privarla de su humanidad.

Fortunata, además de ver como se le niega su propio camino, es tratada como una paria por la pérdida de su honra. No obstante, ella se niega a aceptar este veredicto; piensa que no ha cometido ninguna falta, ya que para ella el amor está por encima de todo. «Lo que Fortunata había pensado es que el amor salva todas las irregularidades, mejor dicho, que el amor lo hace todo regular, que rectifica las leyes, derogando las que se le ponen» (Tomo II, 79), expresa. En esto concuerda con Feijoo, alter ego del autor, quien afirma: «porque no me entra ni me ha entrado nunca en la cabeza que sea pecado, ni delito, ni siquiera falta, ningún hecho derivado del amor verdadero» (Tomo II, 103).

Por ello, Fortunata rechaza la noción de que sea una pecadora. Aunque tenga muchas dudas, por cuanto se debate ante las imposiciones de los demás, en su fuero interior cree que no lo es:

«Que yo soy honrada, que siempre lo he sido» (Tomo I, 86) le dice a Feijoo. Nos da la impresión de que son las mujeres quienes imprimen más en ella este sentimiento, sometidas férreamente a la moral imperante. En cambio, Juan le explica a Jacinta que Fortunata no es mala ni calculadora, sino primitiva, en definitiva, hija del pueblo, aunque intente retractarse rápidamente, consciente de que esto le deja en peor lugar a él. Hay en ella una inocencia que hace que no acate la moral burguesa ni para respetarla ni para manipularla en beneficio propio. Feijoo comparte esta impresión y asegura que tiene el corazón demasiado grande. Ella se guía por las emociones y la intuición, representando la esencia del pueblo español: «qué española es» (Tomo II, 106) asegura, certeza que reitera Juanito.

LA TOMA DE CONCIENCIA DE FORTUNATA

A partir del último capítulo de la parte segunda, el personaje de Fortunata experimenta una evolución que comienza tímidamente, pero que cada vez cobra mayor fuerza, que consiste en una concienciación que causa el desenlace de la obra. Este proceso lleva al personaje a cesar de guiarse por los dictados sociales y a obrar siguiendo sus propios juicios, conquistando así su individualidad y su libertad. Se trata de un crecimiento muy significativo para una mujer desprovista de formación y sistemáticamente denostada. Los pasos que sigue este proceso, que veremos detalladamente, pueden enumerarse de la siguiente manera:

- ella tiene capacidad intelectual y puede elaborar su propio pensamiento
- según la ley natural del amor, Juan es su esposo
- si Jacinta no tienen hijos, no puede ser la esposa verdadera
- por lo tanto, la esposa real es ella
- si tiene un hijo con Juan, el niño será el heredero

La palabra «idea» será un *leitmotiv* de la parte cuarta, que consiste en la realización de su plan. Podemos decir que Juanito se convertirá aquí en el cazador cazado. En última instancia, la consecución del propósito de Fortunata servirá como redención puesto que, a su modo de ver, su generosidad última es necesaria para transmutarse en ángel.

Situamos el inicio de esta sensibilización en el momento en el que baja por la calle Santa Engracia, disfrutando de su escasa autonomía³. En esa soledad arranca a cuestionarse su papel en el mundo, reflexiona sobre cómo los demás intentan cambiarla y vemos un destello incipiente de autoconciencia:

³ Rodríguez Puértolas en su artículo “Quien manda manda” establece una identificación entre la calle y la libertad.

Había nacido para menestrala (...). Pero alguien la saco de su primer molde para lanzarla a una vida distinta; después la llevaron y la trajeron diferentes manos. Y por fin, otras manos empeñáronse en convertirla en señora. La ponían en un convento para moldearla de nuevo, después la casaban... y tira y dale. Figurábase ser una muñeca viva, con la cual jugaba una entidad invisible, desconocida, y a la cual no sabía dar nombre.

Ocurrióle si no tendría ella *pecho* alguna vez, quería decir iniciativa... si no haría alguna vez lo que le saliera *de entre sí*. (Tomo I, 686)

Desde este punto, comienza a estar presente en el mundo de una manera diferente. Galdós utiliza bellamente la imagen de los huesos de dátil que va arrojando y con cada uno de ellos «parecía que lanzaba a la inmensidad del pensar general una idea suya» (Tomo I, 686). Vemos en esta estampa un reclamo de la capacidad intelectual que se le ha negado, así como de su identidad.

La noción de su propia individualidad le dará fuerza moral —«¿Por qué he de ser yo tan mala como parece?... ¿Por qué tengo una idea? ¿No puede una tener una idea?» (Tomo II, 247)— y también independencia —«Tenía su idea y para nada necesitaba de consejos ni de protección de nadie» (Tomo II, 299)—. Se aferra a su plan, a su pensamiento, que se convierten en su razón de ser. En su lecho de muerte asegura: «Viva estoy todavía por causa de esta bendita idea que tengo» (Tomo II, 520). Al final de su vida no se confiesa y muere sin arrepentirse de sus llamados pecados ante la sociedad, pero aferrada al significado de la ley natural.

Este discernimiento está relacionado con su paso por casa de los Rubín. Como señala Caudet, es Maximiliano quien le habla de este concepto (Caudet: 1994, 101), al afirmar: «Lo pasado, pasado está, y el arrepentimiento no deja ni rastro de mancha, pero ni rastro. Lo que diga el mundo no nos importe. ¿Qué es el mundo? Fíjate bien y verás que no es nada, cuando no es la conciencia» (Tomo I, 507). Gilman sostiene que la función que cumple este personaje en la novela es precisamente impulsarla en su trayectoria de autoconocimiento (Gilman: 1981, 170).

Una de las funciones de los Rubín es darle el lenguaje para expresar su planteamiento, para dar forma a esos sentimientos y ayudarle a crear su identidad. Al reflexionar sobre el tema, Fortunata retoma nociones escuchadas en esa casa: «La verdadera ley es la de la sangre, o como dice Juan Pablo, la Naturaleza, y yo por la Naturaleza le he quitado a la mona del Cielo el puesto que ella me había quitado a mí...» (Tomo II, 455). Maxi recalca la importancia de la Naturaleza, contra la que no se puede luchar.

Cuando adquiere mayor confianza en sí misma, ve claramente que, según su sentido moral del mundo, Juan es su esposo. Si la ley del amor está por encima de todo y ella llegó a su vida antes que Jacinta, «mi marido eres tú... todo lo demás, ¡papas!» (Tomo I, 690) le dice. Con su característica forma de hablar, reduce la moralidad, el patriarcado y la división de clases a

papas. El narrador dice que, al escucharla, Juanito siente «cierto terror», posiblemente derivado del miedo a la amenaza al sistema que tanto le favorece. Ella se resiste a aceptar el papel de amante y reclama pasar a otro plano, que es una manera de reivindicar su igualdad.

Una vez que reafirma su impresión de que Juan es su verdadero marido, concluye que «lo demás que vino después no vale» (Tomo II, 246). Descarta el matrimonio de Juan, así como el suyo con Maxi, pues ninguno de los dos tiene valor ante la ley natural. De la misma manera hay un claro repudio a la concepción de la culpa. Como Eva, ha sido inculpada por su pecado original, pero en este instante se defiende, nombrando la doble moral dispuesta para hombres y mujeres. A doña Guillermina, que en nombre de la autoridad le recrimina sus palabras, le espetta: «Yo no habría sido mala (...) si él no me hubiera plantado en medio del arroyo con un hijo dentro de mí». (Tomo II, 246) y más adelante reitera «eso de que yo sea mala, muy mala, todavía está por ver» (Tomo II, 247). La maldad aquí se identifica con el pecado, con la ruptura de las convenciones sociales que le afectan a ella, pero no a Juanito, quien más se beneficia de la doble moral imperante. Incluso vemos que él se sitúa como adalid de la moral, obviando sus faltas. Cuando Fortunata sugiere que tal vez Jacinta le es infiel con Moreno Isla, responde con profunda crueldad:

¿Pero qué te has figurado, que mi mujer es como tú? ¿De dónde has sacado esa historia infame? ¿Quién te ha metido en la cabeza esas ideas? Mi mujer es sagrada. Mi mujer no tiene mancilla. Yo no la merezco a ella, y por lo mismo la respeto y la admiro más. Mi mujer, entiéndelo bien, está muy por encima de todas las calumnias. (Tomo II, 368)

Como reacción, Fortunata crea un nuevo código moral natural justificado por el amor. Al contraponer un móvil tan puro y elevado al resto, el autor critica fuertemente a la sociedad decimonónica, enfrentando la moral natural frente a la convencional. Este naturalismo espiritual, como ha estudiado Caudet (Caudet: 1994), la hará avanzar, procurándole una gran valentía.

Después aborda la cuestión de Jacinta y la descendencia. Si la misión primordial del ángel del hogar es procrear, su antagonista no ha cumplido con su cometido y, siguiendo esta lógica, no puede ser la mujer legítima. A doña Guillermina le dice: «¡Angelical!... sí, todo lo angelical que usted quiera; pero *no tiene hijos*. Esposa que no tiene hijos no es tal esposa» (Tomo II, 247). Se aferra a la idea de que ella ya ha tenido un hijo de Juan, aquel niño que falleció, que demuestra que ella es la verdadera esposa de Santa Cruz. Es tratada como un objeto por su erotismo, pero gracias a su fertilidad logra convertirse en sujeto:

cuando tocan a tener hijos, no me rebajo a ella, y levanto mi cabeza, sí señora... Y no los tendrá ya, porque está probado, y por lo que hace a que yo los puedo tener, también muy probado está. Es mi idea, es una idea mía. Y otra vez lo digo: la esposa que no da hijos, no vale... Sin nosotras las que los damos, se acabaría el mundo... (Tomo II, 247-248)

En este pasaje el narrador describe cada una de sus sentencias como una «bomba» y se dice que doña Guillermina la mira como a «una anarquista». De nuevo está cuestionando los cimientos del sistema y haciendo que se tambaleen. La santa le recrimina sus instintos primitivos, que responden a pasiones salvajes, sin domesticar:

yo lo que quiero es que conste, que conste, sí, que una servidora es la madre del heredero y que sin una servidora no tendrían nieto. Esta es mi idea, la idea que vengo criando aquí, desde hace tantísimo tiempo, empollándola hasta que ha salido como sale el pollito del cascarón (Tomo II, 455)

Con genialidad, Galdós convierte esta idea en un polluelo, recordando aquella escena en la que conocimos a Fortunata, que pasó la infancia cuidando gallinas. Aunque Juan la ve como un objeto erótico, cuando la describe inicialmente destaca que era «la paloma madre de los tiernos pichoncitos» (Tomo I, 228). Nuestra protagonista no sólo es capaz de reproducir, adicionalmente ha reivindicado la capacidad intelectual que se le ha negado. Se aferra a la palabra «idea», consciente de su aptitud para conocer y elaborar su propio pensamiento, para cuestionar y rebatir, para imaginar una existencia diferente a la que le han impuesto, en definitiva, para reivindicar su libertad.

EVOLUCIÓN DE LOS PERSONAJES Y SOLIDARIDAD FEMENINA

Su progresiva individualización se produce a través del objetivo que tiene de formar parte de la historia gracias a su hijo. Es consciente de ser la poseedora del descendiente de los Santa Cruz y de que su hijo tiene un importante papel —que no sería el caso si fuera niña— en el sistema capitalista burgués que esta familia representa. Por ello, Fortunata se desespera ante la posibilidad de que Aurora tenga hijos con Juan y llega sugerirle a Maxi que la mate. Sin embargo, su interés no es económico, a diferencia de su tía, quien enseguida ve las enormes posibilidades monetarias de este nacimiento. Como ya demostrara con anterioridad al rechazar los regalos y dinero de su amante, ella lo que reclama es un puesto en la sociedad, dejar de ser excluida. Esta actitud contrasta no solo con la de su familiar, sino adicionalmente con la de doña Lupe, quien ha estado muy pendiente de los beneficios económicos de su relación con Santa Cruz.

Sabedora del valor social del niño, Fortunata menciona varias veces que le aterra que se lo roben, incluso llega a pensar «esa envidiosona de Jacinta es la que más miedo me da» (Tomo II, 477). No anda desencaminada, pues doña Guillermina acude presurosa a pronunciar su autoridad para ocuparse del niño. Se manifiesta la perversidad de la santa, ejecutora del poder, que un poco más adelante le recrimina no valer para madre. La protagonista ofrece una respuesta sorprendente, afirmando que el niño tendrá tres madres: ella, Jacinta y la propia Guillermina. Es importante notar que Fortunata, incluso antes de vislumbrar su muerte, elige a Jacinta como la segunda.

El amor por su hijo es tan visceral que sostiene que, si falleciera, se lo llevaría con ella. No obstante, una vez que se acerca el final, toma una clara decisión sobre el destino de su vástago. Esta resolución será asimismo su salvación: «¡Ah!, qué idea tan repreciosa... Con ella no necesito Sacramentos; claro, como que me lo han dicho de arriba» (Tomo II, 520), piensa. Siguiendo el curso de su propia conciencia, determina que entregarle la criatura a quien ha sido su enemiga la transformará en un ser celestial. Al igual que «idea», la palabra «ángel» es clave en el pensamiento de la protagonista. La consideración que siempre ha sentido por Jacinta hace que la elija como madre y en la carta que le dicta a Placido explica que «yo se lo quiero dar, porque sé que ha de quererle, y porque es mi amiga» (Tomo II, 521).

Antes de morir afirma tres veces: «Yo soy ángel», usando el término como sinónimo de buena. En cada ocasión la afirmación va acompañada de una pregunta: a doña Guillermina le dice «¿no lo sabe usted?» (Tomo II, 527) «¿no lo ve?» (Tomo II, 528) y al Padre Nones le inquiere: «¿No lo sabe?» (Tomo II, 528), consciente de que no la creen. El querer dejar atrás su reputación de pecadora, supone deshacerse del juicio impuesto por los demás. Como ha indicado Arencibia, la moralidad del momento se revela muy claramente a través de cuatro personajes femeninos dispuestos en pares: Jacinta-ángel y Maruricia-demonio, junto con Guillermina-santa y Fortunata-diablo (Arencibia: 2010).

En esta transmutación en ángel vemos un rechazo de plano a los roles finiseculares. Claramente vista como una hija de Eva, encasillada por su erotismo, reclama su lugar como seguidora de María, argumentando que la bondad no está reñida con la sexualidad⁴. La limitadísima moral a la que las mujeres eran sometidas, que se guiaba exclusivamente por su comportamiento sexual, queda aquí aniquilada mientras la protagonista se eleva en su lecho de muerte. Al igual que don Quijote, nuestra protagonista es capaz de ver las limitaciones que su

⁴ Previamente, Maxi había tenido un sueño en el que un ángel le había anunciado el embarazo de su mujer, como a José (Tomo II, 275), convirtiendo a Fortunata en la Virgen María.

tiempo le imponen, liberarse y trascender, encontrando una victoria digna en la derrota. Hay una enorme ironía cuando recordamos las palabras de Juanito al hablar por primera vez de ella, dado que afirma «el pueblo no conoce la dignidad» (Tomo I, 212).

Su desenlace tiene un gran impacto en la vida de Jacinta. El más obvio es que por fin cumple su sueño de ser madre, gracias a la generosidad de quien fuera su rival. Pero hay también relevantes cambios internos en ella, influenciada por el coraje de Fortunata. Aunque no se produce una gran manifestación externa, sí se da una rebelión interior que la altera profundamente. Al final hay una identificación entre las dos mujeres, un acercamiento que las transforma de adversarias en compañeras, hermanadas por su drama personal, pero de igual modo por el marco opresor en el que les ha tocado vivir.

Aunque de muy diversa índole, cada una de ellas arrastra la culpa que la sociedad le ha cargado. Fortunata es la Eva del pecado original, a quien se le recuerda constantemente su caída en desgracia a causa de la honra. Jacinta, inmaculada como María, no puede sin embargo cumplir con su misión única, lo que provoca en ella un profundo vacío y una obsesión. Precisamente, la culminación de la novela las lleva a deshacerse de estos pesos que les han sido impuestos.

Fortunata, como hemos visto, se aferra a la ley natural del amor y se niega a aceptar el dictamen de los demás. Por su parte, Jacinta verá colmado su anhelo de ser madre, liberándose del apremio al que estaba sometida. Además, una y otra evalúan su relación con Juan, que al término de la obra se convierte en un personaje casi invisible. Respecto al amor de Jacinta por su esposo, el autor escribe: «hallándose por fin este reducido a tan míseras proporciones, que casi no se le echaba de ver» (Tomo II, 533). Las dos mujeres van ganando cada vez más espacio en la narración mientras que, de manera paralela, él lo pierde.

La rivalidad desaparece con la entrada en escena de una tercera, que supone la igualdad plena entre ellas. Fortunata piensa: «Y ahora estamos las dos de un color. A ninguna de las dos nos quiere. Estamos lucidas... Ambas nos podríamos consolar... (...). Vamos a ver, ¿por qué Jacinta y yo, ahora que estamos iguales, no habíamos de tratarnos?» (Tomo II, 408-409). La solidaridad que se ha ido fraguando surge de forma evidente en esta ocasión, en la que aparecen sentimientos de amistad y respeto. La sensación de vínculo crece en Fortunata hasta el punto de llevarla a pensar que «cuando Jacinta y yo seamos amigas (...) Francamente, estoy admirada del cariño que le tengo ahora» (Tomo II, 512). Y el sentimiento es correspondido por Jacinta, que presentimos siempre ha sentido admiración por Fortunata. Cuando se entera que ésta ha ido a pegar a Aurora dice:

No la puedo apartar de mi pensamiento. Y lo peor es que lo que hizo ayer me parece muy bien hecho. Dios me perdone esta barbaridad que voy a decir: creo que con la justicia de ayer, esa picarona ha redimido parte de sus culpas. Ella será todo lo mala que se quiera; pero valiente lo es. Todas deberíamos hacer lo mismo. (Tomo II, 504)

Ese «todas deberíamos hacer lo mismo» nos parece fundamental, ya que implica que de forma explícita Jacinta reniega de su sumisión, produciéndose una mutación interior, influenciada por el coraje de Fortunata. Su rebelión tiene lugar dentro de los parámetros que la comunidad le dicta y continúa cumpliendo con su papel, pero lo hace liberándose del yugo de Juanito. Empieza a seguir su propio camino, asumiendo su individualidad, sin dejarse humillar.

Hay una clarísima identificación entre las dos que inicia en la parte segunda, cuando Fortunata «soñaba que (...) las dos cuestionaban sobre cuál era más víctima; ya, en fin, que transmigraban recíprocamente, tomando Jacinta el exterior de Fortunata y Fortunata el exterior de Jacinta» (Tomo I, 626). Más adelante piensa que «ella sería yo si estuviera en mi lugar» (Tomo II, 208).

Notamos aquí el hermanamiento de estas figuras, que se habían visto enfrentadas como contendientes pero que, alejándose de Juanito —símbolo del patriarcado—, empiezan a encontrar su espacio y su autonomía, muy claramente en el caso de Fortunata y más tímidamente en el de Jacinta. Es la relación entre ellas el alma del libro pues, como señala Gilman:

We cannot truly comprehend how Fortunata arrived at her quixotic resolve to reshape society without considering both her relationship with Jacinta and her triumph over another form of divided consciousness resulting from that relationship. I refer now of course to self-consciousness (...) that arises from her admiration of her rival (Gilman: 1981, 335)

Esta estima acaba siendo mutua, dado que al final Jacinta siente igualmente una profunda comprensión hacia la otra. El escritor es explícito al respecto: «se maravillaba de notar en su corazón sentimientos que eran algo más que lástima de la mujer sin ventura, pues entrañaban tal vez algo de compañerismo, fraternidad fundada en desgracias comunes» (Tomo II, 531). Ese compañerismo, esa fraternidad, sería hoy bautizado como sororidad, esa solidaridad entre mujeres, conscientes de la opresión a la que viven sometidas, esas «desgracias comunes» que describe el autor.

La llegada de ese hijo tan deseado significa la consecución de un designio común. Es significativo que Fortunata diga: «Aquella es un ángel, yo otro ángel, digo, yo no... pero hemos tenido un hijo, el hijo de la casa» (Tomo II, 481). «Hemos tenido un hijo» se refiere a Jacinta y a ella, cerrando un círculo que parece iniciarse en los sueños de Fortunata y en su encuentro

inicial cuando, desconociendo quien es, Jacinta le pregunta si tiene hijos, añadiendo que ella siente tantos deseos de ser madre que querría quedarse con uno ajeno o robarlo.

En el relato se produce una sustitución de Juanito, que hasta entonces había sido el centro de los desvelos de ambas, por el niño. Se cumple de esta manera la premonición de Fortunata, quien le había dicho a su amante que le iba a proponer a Jacinta «cambiar un nene chico por el nene grande» (Tomo I, 695). Su voluntad se hace realidad, ya que finalmente se lleva con ella la visión más positiva de Juan. Ella es quien le ha amado más apasionadamente y con su muerte nadie vuelve a mirarle así. Jacinta, que al principio había contemplado a su marido con devoción, pasa a despreciarlo:

No ser nadie en presencia de su mujer, no encontrar allí aquel refugio a que periódicamente estaba acostumbrado, le ponía de malísimo talante. Y era tal su confianza en la seguridad de aquel refugio, que al perderlo, experimentó por vez primera esa sensación tristísima de las irreparables pérdidas y del vacío de la vida, sensación que en plena juventud equivale al envejecer, en plena familia equivale al quedarse solo, y marca la hora en que lo mejor de la existencia se corre hacia atrás, quedando a la espalda los horizontes que antes estaban por delante. Claramente se lo dijo ella, con expresiva sinceridad en sus ojos, que nunca engañaban. «Haz lo que quieras. Eres libre como el aire. Tus trapisondas no me afectan nada». Esto no era palabrería, y en las pruebas de la vida real, vio el Delfín que aquella vez iba de veras. (Tomo II, 533)

La sublevación de Jacinta consiste en huir del papel de víctima, de esposa abnegada, y entregarse de lleno a la maternidad. Renuncia al amor del marido que se sustituye por el del hijo, esta vez sí correspondido. Pasa de la ingenuidad de la juventud a la madurez y por su esposo acaba sintiendo «desdén no simulado, sino real y efectivo» (Tomo II, 533). Se vuelve de yeso ante su esposo, como aquel niño-hombre con el que había soñado, trasladándole a él el temor de la indiferencia.

Sabemos que la soberbia es una de las características principales de Juanito, que a pesar de su comportamiento siempre quiere impresionar a su esposa, a quien tiene en gran estima moral. Al término cae de este pedestal donde había sido situado. Su castigo es ser visto como un mediocre, duro para un hombre que había dicho: «Lo que no podía sufrir es que se le tuviese por hombre vulgar, uno de tantos», (Tomo II, 60). Jacinta se contagia de la autenticidad de Fortunata y esa esencia hace que ya no se miente a sí misma. Reconoce que estaba enamorada de Moreno Isla y que Juan es malo. No edulcora estas emociones y es honesta consigo misma. Además, imagina una vida diferente, lo que supone una forma de rebelión:

Mezcladas y confundidas con las de un ser ideal, que bien podría tener la cara de Santa Cruz, pero cuyo corazón era seguramente el de Moreno... aquel corazón que la adoraba y que se moría por ella... Porque bien podría Moreno haber sido su marido... vivir todavía, no estar gastado ni enfermo, y tener la misma

cara que tenía el Delfin, ese falso, mala persona... «Y aunque no la tuviera, vamos, aunque no la tuviera... ¡Ah!, el mundo entonces sería como debía ser, y no pasarían las muchas cosas malas que pasan... (Tomo II, 534)

Al final atisbamos un desenlace alternativo en el que Fortunata pudiera haber acabado con Segismundo Ballester, un hombre que la comprende y no la infravalora, y Jacinta con Moreno Isla, un compañero mucho más afín a sus intereses y espíritu.

CONCLUSIONES

La novela presenta una clara crítica a la burguesía, reflejo de la pérdida de fe del autor en este grupo social. Se recalca sistemáticamente la importancia de no perder la esencia, que se conserva en el pueblo, representado por Fortunata. Con todo, aquellos personajes que se rebelan contra esta sociedad —como Fortunata, Mauricia y Maxi— sufren la muerte real o social. No obstante, parece que Fortunata sí espera que su hijo se adapte, al ser el heredero de la dinastía Santa Cruz. Advertimos que, antes de morir, se refiere a él como «amito», lo que parece indicar que asume que su descendiente seguirá perpetuando estos principios y que, por fin, se amolda, cediendo ante las normas que antes había desestimado, como ha señalado Rodríguez Puértolas (Rodríguez Puértolas: 1989, 102). La aparición de Juan Evaristo y la muerte de su madre pueden interpretarse como el triunfo de la burguesía sobre el pueblo.

Sin embargo, no podemos dejar de ver un cierto atisbo de esperanza en la figura de Jacinta, porque pensamos que la influencia resiliente de Fortunata perdurará en ella. Da la impresión de que asumirá el futuro con una mirada franca y, aunque el nacimiento del heredero puede significar la continuación del patriarcado, nos da la sensación de que no educará a su hijo como su marido fue educado. Si la misión del ángel del hogar era perpetuar los valores establecidos, los suyos se han visto alterados y parece imposible que pueda retornar a su estado anterior. Juan Evaristo, como se señaló más arriba, es el hijo de Jacinta y Fortunata, su propósito común, mientras que Juan se hace cada vez más imperceptible.

Por ello, creemos que la obra puede ser leída como el hermanamiento de estas dos mujeres, por encima de la clase social a la que pertenecen. En ese sentido, la narración ofrece una mayor luminosidad. El autor critica la doble moral y el destino dependiente femenino, ofreciendo a Fortunata y a Jacinta la posibilidad de reflexionar y tomar las riendas de sus propias vidas. Si bien la rebelión de Fortunata es mucho más radical, Jacinta, del mismo modo, experimenta una transformación que, aunque en menor grado, tiene un impacto en su forma de ver el mundo y situarse en él. Ellas tienen la valentía que Juanito no posee. Son tratadas como seres inferiores,

pero consiguen elevarse moralmente y reclamar su valía. En ambas se da una reivindicación de su capacidad intelectual y una gradual confianza en sí mismas.

En busca de independencia, Fortunata se rebela contra el rol establecido por el medio, que la tipifica como objeto erótico. Gracias a la autorreflexión, desarrolla su propio pensamiento y articula su forma de entender la vida, que obedece a las leyes naturales. Escapa del papel que rígidamente se le ha asignado y se convierte en ángel, encontrando su propio destino. En primer lugar, el alumbramiento de su hijo culmina su misión y, después, la entrega del niño a Jacinta las une para siempre en este proyecto común, en el que dejan atrás a Juan. Desde que tiene la idea, Fortunata comienza a reclamar su identidad. En conclusión, encuentra su razón de ser no a través del amor, sino a través de la autoestima y la dignidad.

Ese abrazo final, que las hermana desde las orillas, supone un tributo a la solidaridad y a la concienciación. La compasión que despliegan revela el inmenso humanismo del escritor y pone de manifiesto que la novela puede ser leída como un alegato a favor de los derechos de las mujeres, que traspasa su era y cuya relevancia tiene plena vigencia. Hoy en día, tras un reconocimiento colectivo de los abusos que sufren las mujeres y la denuncia de los sistemas estructurales que permiten que sucedan, la figura de Fortunata se alza con mayor vigor que nunca como una heroína cuya toma de conciencia vaticina los profundos cambios que ha experimentado la percepción de la condición femenina. Galdós nos muestra como los grandes personajes trascienden el tiempo y el espacio, convirtiéndose en universales.

BIBLIOGRAFÍA

- ARENCEBIA, Y., “Mujer, novela y sociedad. Fortunata y Jacinta de Galdós: los personajes en sus redes”, *Nuevos caminos del hispanismo. Actas del XVI Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas. París, del 9 al 13 de julio de 2007*, vol. 2, coordinado por Pierre Civil y Françoise Crémoux, París, 2010, p. 139.
- BORNAY, Erika, *Las hijas de Lilith*, Madrid, Cátedra, 2001.
- CAUDET, F., “Fortunata y Jacinta: el «naturalismo espiritual»”, *Textos y contextos de Galdós. Actas del Simposio Centenario de Fortunata y Jacinta*, editado por John W. Kronick y Harriet S. Turner, Madrid, Castalia, 1994, pp. 91-104.
- CHARNON-DEUTSCH, Lou, *Gender and Representation: Women in Spanish Realist Fiction*, J. Benjamins Pub. Co., Amsterdam, 1990.
- ESTÉBANEZ CALDERÓN, D., “Naturaleza y sociedad: claves para una interpretación de Fortunata y Jacinta”, *Textos y contextos de Galdós. Actas del Simposio Centenario de Fortunata y Jacinta*, editado por John W. Kronick y Harriet S. Turner, Madrid, Castalia, 1994, pp. 81-90.
- ESTRELLA CÓZAR, E., “Fortunata y Jacinta. Anatomía de una realidad fluctuante”, *Revista Hispánica Moderna*, junio 2002, pp. 15-38.
- EUGERCIOS, J. L., “Una lectura moral de Fortunata y Jacinta: entre la intuición y el desencanto”, *Moralia*, 41, 2018, pp. 177-190.
- GILMAN, S., *Galdós and the Art of the European Novel*, Princeton, Princeton University Press, 1981.
- “La palabra hablada y Fortunata y Jacinta”, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, julio-diciembre, 1961, Año 15, No. ¾, pp. 542-560.
- GULLÓN, R., *Galdós, novelista moderno*, Madrid, Taurus, 1987.
- JIMÉNEZ GÓMEZ, C., “La configuración del personaje galdosiano de Fortunata desde una instancia receptora femenina”, *Dossiers Feministes*, 2015, pp. 71-84.
- LITVAK, L., *Erotismo fin de siglo*, Barcelona, Editorial Antoni Bosch, 1979.
- LÓPEZ-BARALT, M., “Sueños de mujeres: La voz del ánimo en Fortunata y Jacinta de Galdós”, *Hispanic Review*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, vol. 55, 1987, pp. 491-512.
- PÉREZ GALDÓS, B., *Fortunata y Jacinta. Dos historias de casadas*, introducción y edición de Francisco Caudet, Madrid, Cátedra, 1995, tomos I y II.
- RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, J., “Fortunata y Jacinta: entre la libertad y el orden”, *Galdós en el centenario de Fortunata y Jacinta*, editado por Julio Rodríguez Puértolas, Madrid, Prensa Universitaria, 1989, pp. 85-102.
- “Quien manda, manda: la ley y el orden en Fortunata y Jacinta”, *Textos y contextos de Galdós. Actas del Simposio Centenario de Fortunata y Jacinta*, editado por John W. Kronick y Harriet S. Turner, Madrid, Castalia, 1994, pp. 115-125.
- SERVÉN, C., “Fortunata y su época: sobre los modelos de mujer en la España de la Restauración”, *Homenaje a Alfonso Armas Ayala*, Gran Canaria, Cabildo Insular de Gran Canaria, vol. 2, 2000, pp. 731-752.
- SOBEJANO ESTEVE, G., “Muerte del solitario (Benito Pérez Galdós: Fortunata y Jacinta, 4ª, II, 6)”, *Fortunata y Jacinta de Benito Pérez Galdós*, editado por Germán Gullón, Madrid, Taurus, 1986, pp. 313-352.